

## **LA NATIVIDAD DE JESÚS**

**1ª lectura** (Isaías, 52, 7-10): *El Señor ha consolado a su pueblo.*

**Salmo** (97, 1b-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios»*

**2ª lectura** (Hebreos, 1, 1-6): *Él sostiene el universo con su palabra poderosa.*

**Evangelio** (Juan 1, 1-18): *La luz brilla en la tiniebla.*

Esta solemnidad da nombre a las fiestas que diversas culturas celebran en estos días. Sin embargo, los cristianos celebramos un acontecimiento que no tiene gran facilidad para ser aceptado: que Dios ha querido comunicarse a sí mismo y comunicarnos su vida divina a nosotros que somos criaturas y humanas. Las lecturas, tanto la de Isaías, como la de Hebreos y la de san Juan proclaman un acontecimiento: que Dios es el rey de Sión (Jerusalén) y que el Dios de Jesús se ha revelado a la humanidad por medio de su Hijo (y un hijo no es una idea) y en Palabra.

Lo dicho nos coloca ante una cuestión que parece normal, pero, en realidad, no lo es: no es natural que Dios se comunique a sí mismo a los seres humanos. Su “*revelación*” procede de una decisión libre de Dios y una decisión que implica hacer una historia de amor con los seres humanos. Con frecuencia hacemos una proyección de nuestras necesidades afectivas y nos parece natural que nuestros padres nos quieran. Y si eso nos parece natural, ¿cómo no nos va a querer Dios que dicen que es el amor absoluto y nosotros somos sus hijos? Pues la cuestión es al revés: somos sus hijos porque nos ama.

La única forma que conocemos los seres humanos de experimentar el amor es amando, no divagando sobre el amor. Dios lo sabe y por ello ha encarnado a su Hijo: para mostrarnos en Él su amor inmenso. La fe cristiana comienza por el “*ver*”, no por sentir. Por ver qué ha hecho Dios en la historia. Pero no hay historia humana sin Palabra. Toda historia en la que se involucran Dios y el ser humano crea significación y lo que significa Dios para el ser humano y el ser humano para Dios se expresa por la palabra. Podemos entonces percibir que las imágenes alimentan el deseo y solo la palabra alimenta el amor.

Los acontecimientos no existen de forma neutra o aséptica. Los acontecimientos están preñados de significación. ¿Qué significa que la Palabra se hizo carne? Su significado no es otro que permitir al ser humano experimentar el amor de Dios, ya que solo Dios, amor absoluto, puede adaptarse a la capacidad del ser humano de experimentar el amor absoluto en su condición de criatura relativa o finita. Demos gracias a Dios que ha querido mostrarnos su amor en la Encarnación de su Hijo.

Otra “*Navidad más*”. Los niños, los últimos en llegar, son quizás los que más la viven. Pero los que ya peinamos canas en la familia –canas reales porque los años pasan y dejan su marca indeleble, o canas espirituales porque la juventud se escapa como el agua entre los dedos– vemos que nos falta la frescura infantil. Acecha y amenaza el virus de la rutina. ¿Otra Navidad más? ¿Otra vez tenemos que celebrar con alegría, a veces forzada, otras veces forzada? ¿Merece la pena tanto desgaste para repetir lo de siempre?

Hay un cansancio aún peor que el de la rutina, y es el de las malas noticias. El de la rutina es consecuencia del paso del tiempo sin que sepamos cambiar el ritmo; no pensamos en nada malo; tampoco en nada bueno..., pero ¿qué hacer cuando solo leemos en nuestro corazón malas noticias? ¿No es mucho peor ver cómo el presente y el futuro del mundo, de la vida ordinaria, se tiñen de gris sin que sepamos cómo afrontarlo? Los colores turbios ensombrecen los claros. Los sabores se tornan en sinsabores. Las esperanzas se disuelven como un azucarillo, dejando un ligero sabor... No estamos a gusto, porque nos gustaría mucho más escuchar buenas noticias.

Peor aún que los otros dos, es el cansancio de estar cansados por una cosa o por otra. Por no vivir con ilusión cada día, por repetir lo de siempre, por no mirar al futuro, o por mirarlo con las gafas oscuras del pesimismo. Este triple cansancio lo vivimos como un peso que se acomoda en nuestras espaldas, a modo de mochila, que nos gustaría quitar. Es más, nos preguntamos: ¿es esta la condición humana?

Aquí, en medio de esta oscura oscuridad, bajo el peso de esta mochila molesta... se oye una voz. ¡Nos ha nacido un salvador! Una voz de ángeles (en el sentido pleno de la palabra) que grita para que todos lo oigan: «**¡Hoy nos ha nacido un salvador!**!». Tres palabras a contemplar despacio: «**hoy**»; es un hoy eterno; para ti y para mí, para siempre, para que se haga realidad, que afecta a tu vida y a mi vida presente. La segunda palabra es «**nos ha nacido**»: nos ha sido dado; es para nosotros, y está en medio de nosotros; solo lo tenemos que acoger, como a un niño pequeño. La tercera es «**un salvador**»: La salvación es envolvente: plena, cumplida, abrazadora, intensa, nueva, gratuita, renovadora, desculpabilizadora, posibilitadora, humanizadora, divinizadora.

¡Es verdad! Ahora, después de ver cómo el corazón humano se pierde y se deshumaniza en medio de cansancios, aparece la Buena Noticia de cada Navidad, sin que pierda ni un ápice de su poderío. **¡Ha nacido el Salvador!** ¡Esta es la nueva y permanente noticia que no se agota! ¿Y si fuera verdad?, preguntan los más escépticos. Sí, no solo sería una hermosa posibilidad a considerar. Sí, es una verdad a contemplar, a compartir, a gritar: **¡¡FELIZ NAVIDAD!!**